



bre de 1976 al 17 de octubre de 1977 (1).

¿Qué son las "libretillas"? Su nominador fue Enrique Fuentes Quintana, que hace treinta años llamó así a aquellas que su amigo Velarde utilizaba para anotaciones de lecturas. Velarde era ya entonces —y nunca ha dejado de serlo— un lector voraz y omnívoro. En sus "libretillas" se nota, aunque la preocupación española le lleva a un predominio del tema español y su dedicación profesional a la economía (catedrático de Estructura Económica) a la vertiente económica de ese tema. Pero la Historia nunca

(1) Economía y sociedad de la transición, Juan Velarde. Editora Nacional. Madrid, 1979.

está ausente de ellas, porque quien las escribió siente una progresiva inclinación a esa disciplina y porque sin necesidad de ser marxista (el autor es más bien nacionalsindicalista ilustrado, aunque no despótico) está muy claro que observar la estructura económica de un país es historiarlo...

El succulento índice onomástico (treinta y cinco páginas y unos dos mil quinientos nombres) presenta a economistas y personajes relacionados con nuestra historia reciente en los primeros lugares: Fuentes Quintana (citado 76 veces), Franco (46) y Carlos Marx (44); tras ellos Manuel Azaña, los hermanos Alcaide, Valentín Andrés Álvarez, Cambó,

Juan Carlos, Flores de Lemus, García Delgado, Keynes, Perpiñá, los Primo de Rivera (José Antonio y el general), Macías Nguema, Julio Segura, Adolfo Suárez, Tamames, Manuel de Torres...

En la "Introducción" campea como lema una cita del "Diario de exilio" de León Trotsky: "No me queda más que procurar interpretar los acontecimientos y tratar de prever su desarrollo futuro. Es una ocupación capaz, en todo caso, de dar más altas satisfacciones que la lectura pasiva". La conclusión de un año de lectura no pasiva, pero paciente, es triste: "Una gravísima crisis económica, con los cuatro jinetes apocalípticos desatados —el paro, la inflación, el déficit de la balanza de pagos y la desinversión—, que nos separan de lo que sucede en la mayoría de los países occidentales; la similitud con Italia más bien debe preocuparnos que solazarnos".

En sus lecturas, Velarde es liberal y generoso, y en las anotaciones de ellas es riguroso, documentado y utiliza un buen estilo de ensayista, sin que por eso renuncie cuando lo estima preciso a llenar una página de fórmulas. En la Universidad también ejerció un magisterio liberal y generoso. Y muestra de ello fue la presentación del libro, donde estaban presentes cuatro catedráticos de Estructura Económica discípulos suyos: Tamames, Ramiro Campos Nordmann, Santiago Roldán y L. Luis García Delgado. Son un ejemplo claro del

talante que Velarde confiesa en su libro: "Obsesión mía ha sido la de no ser parcial y, sobre todo, sectario". ■ V. M. R.

Práctica y preocupación penal en el XIX

Los avances del pensamiento acaecidos a finales del siglo XVIII y primer tercio del XIX fueron francamente sorprendentes. Quizá no sea atrevido pensar que, teniendo en cuenta el patrimonio científico entonces existente, fue cuando el pensamiento occidental sufrió sus mayores impulsos. En el campo del Derecho esto no admite muchas dudas. Poco es lo que en esa materia se ha progresado desde esos momentos.

Precisamente han sido publicadas dos obras (1) que son, entre otras cosas que obran en primer término para sus editores, un magnífico testimonio de lo dicho anteriormente. Por una lado nos llega un trabajo de Jeremías Bentham, en apariencia secundario, pero bastante elocuente. Se trata de "El Panóptico", nombre con el que se designa un modelo de prisión que, aparte de ser un ejemplo del control y de una propuesta de tecnificación del poder, es también un ejemplo de arquitectura funcional, algo que en aquellos momentos no existía prácticamente, pues, como dice Michel de Foucault en la entrevista que prolonga este trabajo, hasta entonces sólo los militares y los médicos tuvieron la primacía histórica en la gestión del espacio. Pero también en ese proyecto se hace una propuesta auténticamente revolucionaria: la de pasar del suplicio al empleo útil, personal, y socialmente, del tiempo del recluso. Hay, a pesar de aspectos siniestros, propios de todo sistema represivo, una clara intención humanitaria, y, según Foucault, la promoción de una preocupación de la Revolución francesa: no que los delincuentes sean castigados, sino de procu-

(1) El Panóptico. Jeremías Bentham. La Piqueta. 145 págs. Madrid, 1979. El cura Galoote, asesino del obispo de Madrid-Alcalá. Proceso médico-legal reconstruido y presentado por Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. La Piqueta. 239 págs. Madrid, 1979.

Juan Velarde.



Cultura a la contra

Wojtyla, disco dance

Hace unos días, mientras pasaba el fin de semana en uno de esos refugios campestres que a veces nos permitimos los urbanistas decadentes, me dejé absorber por ese sustituto del rosario en familia que es la TVE. Era mediodía y fuera pegaba el sol insoponible, haciendo imposible el refugio en la piscina o sus alrededores herbosos; así que me dediqué a sorber mi pastis —ahora también lo pone de moda la TV, en sus anuncios idiotas pero astutos— y a mirar a la caja mentirosa. De pronto recibí una de esas sorpresas que pocas veces me depara la realidad prefabricada que nos dan. La corresponsal de TVE en Roma, la autoelegida presidente del club de "fans" del Papa, nos daba las primicias de una noticia asombrosa: ha salido un disco sobre el Papa. Una canción tipo "disco", bailable y pegadiza, donde se habla del Papa deportista, juvenil y carca, que nos ha tocado en gracia de Dios. Y no sólo eso: también se han lanzado al mercado, con su efigie, camisetas veraniegas. Y "posters" donde le muestran esquilando en sus tiempos de cardenal. Como si fuera el "Che", o Superman, o cualquiera de esos ídolos que imponen de una forma o de otra a la juventud.

No voy a hablar de la calidad de la música; es un disco más, pegadizo y bailón, que tendrá el éxito relativo de todos estos productos seriados y húmedos, canciones de verano capaces de atormentarnos durante todo el año si Dios —o el adorable Diabolo, en este caso— no lo remedia. Ni tampoco de la discutible belleza, sartorial o decorativa en cualquiera de los dos casos, de "posters" y camisetas: se trata de objetos —como el propio disco— buenos para usar y tirar luego, artífugos de buhonero multinacional. Lo importante es lo que hay detrás, el deseo de la Iglesia de ponerse al día por los medios más ramplones, y de vender sus ídolos inmediatos a una juventud que pasa cada vez más de corporaciones eclesidísticas. Debe haber algún cardenal americano por ahí, experto en marketing, o un jesuita astuto, un Vautrin balzaquiano que sabe como nadie vender un producto podrido, averiado, como si fuera nuevo.

Realmente, este Papa del que tanto se habla por todas partes es bastante siniestro: polaco, anticomunista —diga lo que diga y haga lo que haga, no podemos olvidar que pertenece a la llamada "Iglesia perseguida"—, y que se apresura a asegurar que el infierno es una realidad, y el Diabolo una persona con existencia individual y consciente. Al mismo tiempo, el cavernícola neanderthalense se pone desodorante para que no se note su hedor a sangre inquisitorial; y esquía, y lleva rebecca, y se retrata con las plumas de los aztecas que su grey destrazó. Y besa niños, y acaricia ancianos. Un poco más y se nos presenta bailando el "hula hoop" —el aro, claro, blanco— con Enrique y Ana. Su sitio estaría en Disneylandia, levitando junto a Peter Pan o en amable cháchara con el ratón Mickey. Y la Iglesia lo avala, la Iglesia que ha perdido todo su bizantinismo hierático, toda su majestad voluptuosa y bella; que la ha vendido a cambio de una mayor penetración en los corazones idiotas de los subnormales por quienes toma a los adolescentes.

Los ateos de toda la vida, echamos de menos aquello que de la Iglesia podía divertirnos más: la pompa, el esplendor, el fasto. Los estetas del XIX —sobre todo los ingleses— solían convertirse al catolicismo por un prurito estético prerrafaelista; añoraban el Renacimiento, el boato, las plumas y las amatistas. Los estetas de hoy no nos dejamos engañar por este ersatz de modernidad: está mal hecho y es apresurado. Le falta la solera y la tradición de miles de años que tentan la Misa en latín y la silla gestatoria. Siento muchísimo no ser católico: me haría lefebvrista en seguida. Ante tales disparates no parece quedar mal el ser trentino. Y, al tiempo, aconsejaría al viejo joven Wojtyla que se hiciese "punk": que se clavase imperdibles y se desgarrase la blanca sotana; que colgase de ella, incluso, alguna svástica, así nos recordaría los suplicios de Treblinka, los de la Inquisición, e incluso la corona de espinas de Cristo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

rar que los individuos no actúen mal mediante la presión social. El trabajo se completa con un informe sobre las cárceles españolas en la época de Fernando VII y un estudio sobre Bentham en España, por María Jesús Miranda, de tono ácido, pero con indudable profundidad.

El otro trabajo se refiere a un hecho acaecido en la catedral de Madrid el Domingo de Ramos de 1886, donde fue asesinado el obispo de Madrid-Alcalá por disparos precisamente de un cura. El trabajo reproduce toda la transcripción de este singular proceso, lo que de por sí ya contiene bastante interés. Pero también mueve a un análisis de las causas que pudieron motivar el hecho, y que por los poderes fue conceptualizado como asesinato, herejía y acto de locura, que fue lo que evitó el garrote al cura Galeote, que es como se llamaba el interfecto. Los comentaristas se hacen la reflexión de si no pesó en el ánimo de las autoridades más el que Galeote estaba loco por lo que hizo, que el que lo realizó porque estaba loco.

Quienes analizan el proceso —Julia Varela y Fernando Álvarez Uría— llegan a comentarios de auténtico radicalismo delirante: "Estamos en guerra. Vivimos en una sociedad violenta en la cual la Iglesia, la familia, la Medicina, el cuartel, la Policía... actúan como vampiros chupadores de autonomía... El crimen de Galeote muestra que el poder resulta intolerable para quienes lo padecen, y que frente a la violencia institucionalizada y los crímenes arbitrarios están justificadas las acciones de lucha popular". ¡Toma ya! En cualquier caso, el proceso sirve de pretexto a varios autores para hacer estudios, algunos altamente sugestivos, como el análisis de la Iglesia española, o el de las técnicas de control social durante la Restauración. ■ J. M. ALFONSO.

Aláhamos el sentido cobrado entre nosotros por la calificación de Teatro Estable Ahora, en el programa de "Los malcasados de Valencia", el primer espectáculo del nuevo Teatro Estable del País Valencià, leo: "Nos gustaría que el título que hemos elegido para nuestra formación teatral y para nuestro centro de producción de espectáculos fuera algo más que un nombre arbitrario. Nos gustaría que nos definiera de cara al futuro. Pretendemos garantizar un servicio cultural y unos resultados artísticos que sólo pueden conseguirse mediante una actividad, unas prácticas, unas tentativas y una reflexión de todo ello a lo largo de varias temporadas. La formación de un grupo de profesionales, su perfeccionamiento continuo en contacto duradero con sus públicos, sólo es posible mediante la creación y consolidación de un centro de producción proyectado hacia el futuro, al que nosotros hemos dado el nombre, en nuestro ámbito concreto, de Teatro Estable del País Valencià. Queremos ofrecer de manera continuada, por medio de giras periódicas, una serie de espectáculos teatrales (basados en principio en las dramaturgias clásicas y en nuestras tradiciones culturales autóctonas) que sólo pueden ser posibles en las condiciones que reúne un centro de producción estable".

Como se ve, el texto coincide con mis apreciaciones. Definién-

"Los malcasados de Valenc"



TEATRO

Guillem de Castro, por el Estable del País Valencià

Hace unas semanas, comentando las Jornadas de Elche, se-